incunable

PERIODICO SACERDOTAL

Núm. 63 - JUNIO 1954 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116 - Salamanca

VOLUMEN II. PRECIO DE SUSCRIPCION: 40 PESETAS NUMERO SUELTO: 5 PESETAS

MARIA, la renovación del mundo y el Papa

* * *

Dos ideas dominantes en la «Fulgens Corona»

Por el P. LOMBARDI

EN la Encíclica *Fulgens Corona,* con la cual se proclamó el Año Mariano, aparecen dos partes bien definidas. La primera, dogmática, está dedicada directamente a glorificar a María. Es estupenda: parece penetrar en el cielo para señalar, entre los fulgores de la gloria, a nuestra Madre dulcísima, enriquecida de tantos dones, que sin dejar de ser suyos, son también nuestros, precisamente porque nosotros somos sus hijos. Al leer esas páginas se siente uno más libre de la tierra, elevado, enfervorizado, entusiasmado: Los dogmas de la Inmaculada y de la Asunción revelan en su íntima relación aspectos diversos y armónicos de la misma obra maestra de Dios.

Sigue a continuación la segunda parte, práctica, destinada a nosotros, pobres hombres, para que del Año Mariano saquemos alientos para una vida mejor. Pero cuidado con engañarse: Quien la considera con atención, se da cuenta de que no se trata de una exhortación cualquiera a un particular progreso espiritual, que evidentemente será siempre posible en la tierra a toda simple criatura, por santa que ésta sea: Se inculca más bien como necesaria una auténtica y total revisión del mundo moderno, que se ha de realizar a la luz de Jesús Redentor y bajo la protección de su Santísima Madre.

Ante la mirada del Papa se abre una hora "en la cual son muchos los que se esfuerzan por arrancar radicalmente de las almas la fe de Cristo con engaños y astutas asechanzas o también con la propaganda y exaltación abierta y obstinada de sus errores, propagados con desvergüenza como si fuesen gloria del progreso y del esplendor de este siglo".

Los hombres de hoy tienen por consiguiente "gran necesidad" de sentirse llamados a "un retorno a Cristo", para establecer una sociedad nueva más conforme con los planes de Dios.

Exaltación de la Virgen e invitación solemne a la humanidad a una renovación profunda: he aquí los dos pensamientos dominantes de la Encíclica, que al fin de la misma se fusionan de la manera más íntima, cuando el Padre Santo enumera y recapitula las gracias que deben ser pedidas y obtenidas por el pueblo fiel en el Año Mariano: Gracias que se deben alcanzar con el recurso confiado a María—primera idea—y gracias de renovación completa y universal, —segunda idea—pidiendo, por la conversión propia, de los jóvenes, de los adultos, de los ancianos, de los que sufren... por la Iglesia perseguida, por los separados, por todos.

DIOS QUIERE UN MUNDO DISTINTO Y MEJOR

PERO no es sólo de hoy este programa de Pío XII; ahora que el Año Mariano nos proporciona una ocasión tan extremadamente oportuna, quizás pueda resultar interesante espigar aquí y allá, en los discursos del Padre Santo de los años pasados, algunos pensamientos a los cuales se refieran como a clarísimos precedentes las dos ideas principales de la última Encíclica.

En cuanto a la necesidad de una renovación radical del mundo moderno, para acercarlo más al plan de Dios con aumento de felicidad para todos nosotros en la eternidad y también en el tiempo, bien puede decirse que ha sido la preocupación constante del Papa en su largo Pontificado: como si una fuerza secreta, divina, le empujase constantemente a hablar de esa manera y con acentos de confianza, aunque las circunstancias externas podían parecer las menos adecuadas para inspirar semejantes acentos. No se puede continuar como hasta ahora. La humanidad camina por un sendero equivocado, ruinoso, que conduce al desastre terreno y aun al infernal. Estamos precipitándonos hacia un abismo terrible. Parémonos, basta, debemos renovarnos: hay que empezar de nuevo, empezaremos, adelante.

Estaba en plena efervescencia la guerra, que con furor despiadado destruía y raía cuanto encontraba en su camino: Se sufría, se lloraba, se moría trágicamente. Y el Papa habló: "Debe venir y vendrá el día—porque la palabra de Dios no se borra—en el cual la humanidad extraviada por el error y por el engaño se mostrará pronta a escuchar con nuevo interés y con nueva esperanza el sermón del monte, del amor y de la fraternidad que no engaña. Esta humanidad, poco ha tan prendada de su valía, y hoy, más que nunca consciente de la pobreza de su espíritu, volverá a ver en el horizonte resplandecer amonestador y atrayente a Cristo, luz del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre, mientras yacerán apagados los fuegos fatuos de los falsos profetas." (2 de junio de 1942).

La expresión era tan sublime, que quizás algunos no la comprendieron, es más, ni se apercibieron de ella: "Un mundo nuevo": estructuras terrenas diversas para facilitar la salvación eterna. Sí, decía y repetía el Papa: "Un mundo antiguo yace en pedazos. Ver surgir lo más pronto posible de sus ruinas un mundo nuevo, más sano, jurídicamente mejor organizado, más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana: tal es el anhelo de los pueblos martirizados" (1 de septiembre de 1944).

Los radiomensajes de Navidad vinieron a ser como un ciclo de lecciones dedicadas a todo el género humano por el Maestro universal en torno a este "mundo nuevo": Cada año un capítulo distinto, un aspecto diverso de la sociedad querida por Dios y ahora ya madura para los hombres. La tesis general siempre la misma y por cierto bien clara: En el orden internacional, en el interno de las naciones, en las relaciones de clases, en la intimidad de la familia, hasta dentro de las conciencias, "hacer de este cataclismo universal el punto desde el cual inicie su carrera una nueva era hacia una renovación integral, la reorganización total del mundo" (24 de diciembre de 1944.)

Una era nueva: la era del evangelio vivido, la era de Jesús.

Aquí es imposible seguir paso a paso los catorce gruesos volúmenes ya publicados del inagotable magisterio de Pío XII. No obstante, bien puede afirmarse que sin ninguna discontinuidad llega con semejantes acentos hasta aquel famoso 10 de febrero de 1952, que vió resumido en un solo documento la línea más que decenal del pensamiento del Papa y que, después de tan prolongados anuncios, lanzó finalmente el toque de clarín, llamando a la ejecución sin ulteriores demoras. "El mundo hoy está abocado a la ruina, y camina inconscientemente por caminos que conducen al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos. Es todo un mundo el que hay que rehacer desde sus fundamentos. La Iglesia es la única timonera que puede ponerse a la cabeza de una empresa tan grande."

El documento terminaba con la frase más solemne que el Santo Padre pudo pensar, para afirmar ante la historia la decisión del movimiento renovador: "Como aceptamos, en un día ya lejano, porque así Dios lo quiso, la pesada cruz del Pontificado, así ahora nos sometemos a la ardua tarea de ser, en cuanto nos lo permiten nuestras débiles fuerzas, heraldo de un mundo mejor, querido por Dios".

Es Dios el que quiere un mundo distinto, nuevo, mejor. Es su Vicario el que se hace eco delante de los siglos, como dividiendo con tal fecha en dos partes el propio Pon-

(Pasa a la página 10.)

EDITORIAL

«E PLURIBUS, UNUM»

NO es concesión al auge de los Estados Unidos el que traigamos el lema que campea en su escudo para titular este editorial. Es que lo creemos oportunísimo y apto para recoger admirablemente algo que llevamos muy dentro quienes hacemos INCUNABLE, y que hemos vivido con particular y fulgurante intensidad en los días de la Semana Internacional de Estudios Eclesiásticos que acaba de transcurrir.

E PLURIBUS! Uniformismos, no. Conocemos ciertamente la existencia de auténticas exageraciones uniformistas de quienes quisieran que existiesen un solo camino, el suyo, una sola vocación, la suya, unos solos medios, los que ellos utilizan. De quienes querrían traer al seno mismo de la Iglesia aquel mitológico lecho de Procusto en que quedasen igualados todos, absolutamente todos, los que quisieran contribuir a su obra redentora. Contra aquello de San Pablo, que en su grandiosa y fecundísima concepción del Cuerpo Místico insistió, hasta con detalle, en la diferenciación de funciones que ha de existir, y en otra ocasión ponderaba la variedad que necesariamente ha de darse diciendo que «uno ha de proceder así, y el otro así». No sabemos si alguna vez se deslizará alguna manifestación de esta tendencia uniformista en nuestras páginas. Pero queremos que quede bien claro que no es este nuestro espíritu, sino el admirar, el querer entrañablemente, el estimar profundamente la vocación con que cada uno procura servir al Señor por aquel camino al que fué llamado.

UNUM. Como complemento de esa variedad una unidad íntima y entrañable. Amasada de caridad. Llena de comprensión. Exigentísima al limar toda estridencia, por cargada de razón que pueda parecer. No una unidad táctica, hecha de prudencia porque los tiempos son duros y las necesidades muchas, sino una unidad mucho más profunda, hecha de íntima y entrañable caridad. Vivimos una coyuntura de cuyo carácter excepcional ha dicho cosas bien graves y estremecedoras nuestro Santísimo Padre el Papa. Resulta tristísimo vernos muchas veces enredados en bizantinas discusiones y en estériles puntos de amor propio, con olvido de tan tremendas realidades. Tristísimo, pero relativamente frecuente. Es un mal muy eclesiástico y muy arraigado. Los mismos motivos espirituales de que muchas veces se reviste, hacen que alcance un mayor arraigo y una más intensa peligrosidad.

Contra las dos cosas, contra la desunión y contra el uniformismo viene luchando INCUNABLE desde su nacimiento. De la Universidad que le alentó, de su Consejo de Obispos, de sus autoridades académicas recibió esta consigna. Consigna que ha tratado de realizar día a día. Podrá haber habido descuídos, pero nunca desfallecimiento.

Al servicio de esto quiso poner nuestro periódico el arma que estima más eficaz: el mutuo conocimiento y trato. Traer a sus páginas una colaboración amplia, de sacerdotes diocesanos y de religiosos, junto a la de selectos seglares. Aportar sin descanso el ejemplo estimulante de las tareas que acometen los católicos de los más diversos países. Nunca quisimos un Consejo de Redacción que residiese únicamente en una determinada población o en el que estuviese ausente algún religioso o algún seglar. Nunca quisimos ceñirnos a una nación determinada, y siempre procuramos tener al corriente de cuanto en el mundo católico se hacía. Firmemente convencidos de que el conocerse es el camino para amarse.

Y la experiencia lo va demostrando cada vez más. Desde esa experiencia mínima de la convivencia en las mismas aulas universitarias, que crea lazos en el mutuo afecto que ya no se rompen, hasta ese conocimiento amplio de los números monográficos dedicados a una nación o a un estado de vida. Por gracia de Dios es esta la tendencia actual por todas partes. Nos conocemos más los religiosos de diversas órdenes, nos conocemos y tratamos más los sacerdotes de diferentes diócesis, estamos menos aislados todos de cuanto en el mundo seglar ocurre. Ahí una magnificación floración de iniciativas, y aquí es un Congreso que reúne a los religiosos de ésta o aquélla nación americana; allí una semana como la que acabamos de tener en Salamanca que convoca a los cultivadores de las ciencias eclesiásticas de toda procedencia; en esta ciudad se reúne el clero a convivir durante todo el día en fraterna unión durante la fiesta del beato Juan de Avila o de San Juan Evangelista; en aquella parroquia madrileña hay un día al año en que el personal de la misma comparte la mesa y la jornada con los religiosos del único convento que está dentro de la feligresía... Diversidad de iniciativas en las que alienta, sin embargo, un mismo espíritu: el de la caridad que ha de empujarnos a todos, tratándonos íntimamente y constituyéndonos en cerrado batallón al servicio de Jesucristo.

Hermosamente nos lo decía un jesuíta no español comentando una frase menos acertada de uno de nuestros colaboradores:

«Y lo que el Papa, y lo que Dios quiere de cada uno, diocesano o regular, es que viva su vocación hasta lo heroico... en el grado particular con que cada vocación vive el Evangelio..., pero al mismo tiempo que abramos todos el corazón en una floración de unión, colaboración, ayuda, sinceridad, cortesía y caridad para todos los demás soldados y armas que a uno y otro lado combaten por Dios, la Iglesia y las almas con especial llamamiento y sueldo.»

Que unos u otros nos encomendemos mutuamente, esforzándonos por cumplir en lo que a cada cual atañe, un programa tan divino.

INCUNABLE

Universidad Pontificia de Salamanca